

## LA CONTRIBUCIÓN DE POPPER AL LIBERALISMO

**Modesto Collados**

El autor analiza la influencia de Karl Popper en la doctrina política del liberalismo a lo largo del siglo XX, a la luz de tres textos fundamentales de Popper: *La lógica de la investigación científica*, *La miseria del historicismo* y *La sociedad abierta y sus enemigos*. El primero de ellos —un análisis de la esencia e interacción del conocimiento del hombre común, el conocimiento lógico y el conocimiento científico—, señala Modesto Collados, constituye el aporte más importante que ha recibido el pensamiento liberal en el campo de la epistemología desde la época de Locke. En el segundo texto —a juicio del autor quizás el más original y audaz—, Popper atribuye los excesos del nazismo y el comunismo durante el siglo XX a la influencia del historicismo. Respecto de la tercera obra analizada, se destaca cómo el concepto de “sociedad abierta” desarrollado allí por Popper ha llegado a constituir un elemento esencial de la doctrina liberal y contribuido a modernizarla.

---

MODESTO COLLADOS. Ingeniero Civil U. de Chile. Director del Instituto de Ingenieros de Chile, Consejero Nacional de la Cámara Chilena de la Construcción y Vicepresidente del Banco de Crédito e Inversiones. Ex profesor en la Universidad de Chile y ex ministro de Estado, es autor de numerosas publicaciones, entre ellas *Popper y Hayek en su tinta*.

Tres grandes doctrinas sociales y políticas han orientado el destino de las sociedades humanas al final del siglo XX. Ellas son el liberalismo, el socialismo y la doctrina conservadora. Han actuado ya sea separadamente o en forma conjunta, pero siempre han tenido una influencia profunda y perdurable. En líneas generales, el socialismo ha influido en la cultura y especialmente en el lenguaje; la doctrina conservadora lo ha hecho en las costumbres y en el manejo geopolítico de las grandes potencias, y la idea liberal, en definitiva, se impuso como solución en la economía y en los progresos sociales. Si uno rastrea el conjunto de doctrinas que han moldeado la sociedad contemporánea en fuentes tan diversas como la *Enciclopedia Británica* o la encíclica *Fides et ratio*, de Juan Pablo II, llega a la conclusión de que sólo estas tres doctrinas han mantenido su vigencia en la sociedad humana al finalizar la centuria. Otras ideas matrices como el cientificismo, el historicismo y el nihilismo quedarán registradas en los anales académicos pero no se encarnaron en la vida de los pueblos.

La *Enciclopedia Británica*, en su artículo sobre las doctrinas socioeconómicas modernas, menciona las siguientes: socialismo, comunismo, anarquismo, fascismo, nacionalismo, liberalismo y conservatismo.

La encíclica *Fides et ratio*, de Juan Pablo II, menciona como corrientes de pensamiento las siguientes: eclecticismo, historicismo, cientificismo, pragmatismo y nihilismo. Todas estas corrientes filosóficas han influido, de alguna manera, en las doctrinas socioeconómicas actuales, de las cuales, como hemos dicho, nos parece prudente opinar que tienen vigencia actual el socialismo, el liberalismo y la doctrina conservadora.

Correspondió al filósofo Karl R. Popper, nacido en Austria y nacionalizado en Gran Bretaña, vivir intensamente, a lo largo de 92 años, la contienda intelectual y política que se produjo entre estas ideas y participar en el estudio de ellas, mostrando erudición, agudeza y equilibrio en un ambiente en que estas virtudes no eran frecuentes.

Si no hubiera sido por las terribles circunstancias que afectaron a los habitantes de Europa en la primera mitad del siglo y que culminaron en las dos guerras mundiales, Popper habría proseguido sin variaciones su carrera de matemático y epistemólogo, disciplinas en que, de todas maneras, se distinguió. Pero estas catástrofes, que lo afectaron gravemente en lo personal, obligándolo a huir de Austria y refugiarse en Nueva Zelanda, le hicieron indagar en las causas de la profunda confusión de ideas que imperó en Europa por aquellos años. Esta indagación lo llevó a escribir su libro *La sociedad abierta y sus enemigos*, obra clave en la filosofía política del

siglo XX, que lo entronca directamente en la corriente ideológica del liberalismo.

De la gran cantidad de libros que produjo este pensador y humanista singular, es posible mencionar tres que definen su intervención en este tema y que presentan tres facetas muy diferentes de su pensamiento. El primero es un libro de teoría del conocimiento llamado *La lógica de la investigación científica*, que incide indirectamente en la filosofía política, dando a ésta un apoyo conceptual que resultó absolutamente necesario. La tradición de los más eminentes pensadores de la Política, desde Aristóteles hasta Marx, pasando por Hobbes, por Locke, por Vico, por Adam Smith, entre otros, obligaba a establecer una sólida base epistemológica desde la cual era posible incursionar en el complejo estudio de las relaciones entre los componentes de una sociedad. En el caso de Popper, su teoría del conocimiento no sólo es el fundamento del pensamiento de muchos pensadores contemporáneos, entre los cuales destaca Hayek, sino también es considerada útil en todas las ramas de la ciencia.

Presento a continuación un esquema de la teoría que Popper plantea en este su primer libro, dejando constancia de que a lo largo de su vida volvió invariablemente sobre este tema, modificando en algunos aspectos su tesis original o ampliándola considerablemente, como lo hace en su *Objective knowledge*, una de sus últimas publicaciones.

Popper nos dice que el ‘conocimiento’ que tienen las personas no es, generalmente, un conocimiento científico, y que es más bien la suma de tres conocimientos, a saber:

- a) el conocimiento del hombre común,
- b) el conocimiento científico,
- c) el conocimiento lógico.

El conocimiento lógico (puramente deductivo) es independiente de la experiencia y corresponde al que definieron Russell y Whitehead en *Principia mathematica*, a comienzos del siglo. En el conocimiento científico la experiencia se suma a la lógica y bien podría decirse que ambas se entrecruzan. Esta experiencia puede tomar la forma de observación o experimentación. El conocimiento del hombre común se basa en la experiencia cotidiana a la que se aplica un método aproximativo y ecléctico que incluye intuición, comparación, estadística y aproximaciones sucesivas, en sus formas más elementales.

Al conocimiento que resulta de la adición de estos tres sumandos lo llamaremos conocimiento genérico, al cual Popper le asigna gran importan-

cia. Para él, lo que interesa es la suma de los conocimientos y en esta actitud sigue directamente las aguas de Bacon.

En la parte crítica de esta obra, destina gran espacio al problema de la inducción planteado por Hume y posteriormente por Kant. Llega a una conclusión negativa respecto de este método y propone reemplazarlo por nuevas herramientas, que constituyen lo que se ha llamado el deductivismo popperiano.

Conviene recordar dos de estas herramientas. La primera es la que él llama *falsifiability*. Esta palabra se traduce en algunos textos universitarios por el término “falsación”, pero yo prefiero traducirlo por “refutabilidad”. Dice este autor que toda información basada en la experiencia debe ser sometida a un criterio de verdad y a otro de falsedad. La aplicación del primer criterio es la verificación; la del segundo es la refutación.

Para Popper la refutabilidad no sólo es un mérito de una teoría científica: es una condición necesaria. Simplificando su pensamiento podríamos decir que si una teoría no es refutable, no es una teoría científica. Según él, no es posible probar jamás la verdad de una teoría, sino sólo su falsedad, y las teorías científicas son propuestas sólo como hipótesis provisionales, es decir, conjeturalmente, hasta el momento de su eventual refutación. Así, entre conjeturas audaces, fruto de la imaginación creadora, y refutaciones severas, obra del control crítico y experimental, discurre el juego dinámico de la ciencia. Al progresar de una teoría derrotada a otra victoriosa pensamos que nuestras conjeturas se acercan más a la verdad, pero nuestro conocimiento es falible y siempre puede ser refutado.

Una segunda herramienta propuesta por Popper para reemplazar a la inducción es la de los experimentos imaginarios. Éstos consisten en dar por verdaderas determinadas leyes científicas y deducir de ellas qué sucede cuando las aplicamos hipotéticamente a casos concretos. Da el ejemplo del razonamiento empleado por Galileo para demostrar que la antigua creencia de que los cuerpos pesados caían en el vacío con mayor velocidad que los livianos era una creencia falsa. Galileo imagina la caída de un cuerpo pesado sobre un cuerpo liviano, lo que determina la formación de un cuerpo de peso intermedio que cae más lento que el cuerpo pesado. Esta experiencia virtual, que en la realidad no se efectúa, ‘prueba’ la falsedad de la creencia mencionada.

Basado en este método, Popper propone a Einstein en 1935 una tesis relacionada con la relatividad. El famoso físico responde con una carta manuscrita que se encuentra reproducida en una edición de *La lógica de la investigación científica*.

Otra de las características de la teoría del conocimiento de Popper es su impugnación de los raciocinios basados en definiciones, que tanto Platón como Aristóteles consideraban infalibles. Nos dice que esta exigencia fue responsable de un gran retraso en la filosofía y en la ciencia y concluye literalmente afirmando que “una definición de todos los términos nos llevaría a una recurrencia infinita y que haría aun más largos los discursos de los políticos”.

Crea así, Popper, una epistemología que sirve de fundamento a su filosofía política. Sus epígonos más destacados —Kuhn, Lakatos, Feyerabend—, aunque con frecuencia se rebelan contra el maestro, hacen uso permanente de este soporte conceptual. Sin embargo, el pensador que más extensa y útilmente aprovechó este apoyo filosófico fue Frederick A. Hayek, apóstol del liberalismo, doctrina que se hace así tributaria del pensamiento de Popper.

Debemos mencionar ahora un segundo libro de este autor en el que, abandonando las áridas disquisiciones de la obra anterior, entra directamente en el campo de la filosofía política. Este libro se titula *Misérias del historicismo*, remedando la *Miseria de la filosofía* con la que Marx respondió irónicamente a la *Filosofía de la miseria*, de Proudhon. Este pequeño libro fue publicado por primera vez en italiano (Milán, 1954), luego en francés (París, 1956) y por último en inglés (Londres, 1957). Esta última es la edición que yo conozco y en mi opinión, desde el punto de vista formal, es una obra maestra. Es probable que su depurado estilo sea el producto de haber pasado en su elaboración por tantos idiomas, ya que, sin duda, el primer original estaba escrito en alemán. Todo esto revela el humanismo de Popper.

Con este libro el autor ingresa en el campo de la sociología, ciencia novísima por aquellos años, y al ingresar a ella entra de lleno en una polémica enconada sobre los límites, el contenido y la metodología de esta disciplina. Esta polémica, expuesta en forma sencilla, nace de la pregunta: ¿el estudio de la sociedad debe ser paralelo, análogo o subordinado al estudio de la física?

Popper llama a los autores que le preceden y que quieren asimilar las ciencias sociales a la física con el epíteto de naturalistas. Él ya ha tomado partido en esta polémica y se opone a los pro naturalistas, a cuya cabeza menciona al psicólogo Wundt. Se encuentra, sin embargo, con anti-naturalistas, como J. Stuart Mill y Marx, que tienden a hacer depender la sociología de la psicología y de la economía, respectivamente. Nuestro autor prefiere a la nueva ciencia independiente, con su propio contenido y —lo que es más difícil— con su propio método.

Al atacar nuestro autor a J. Stuart Mill y a Marx los enjuicia a ambos, a pesar de sus diferencias, bajo una misma denominación: la de activistas, denominación que para Popper es peyorativa. Ser activista, en el campo de las ideas sociales, consiste en agregar a los argumentos que las defienden una acción destinada a que las predicciones que ellas contienen se conviertan en realidad. El caso más explícito es el de la lucha de clases: Marx no sólo la postula sino que la promueve.

En la segunda parte de este libro aparecen enemigos mucho más temibles, un ejército de profetas: Platón, Vico, Hegel, Spengler, Toynbee, a los cuales habría que agregar el nombre de Fukuyama, a quien Popper no alcanzó a conocer. Todos ellos, que eran elocuentes escritores, cambian la física por la biología y postulan que las sociedades (a las que Spengler llama culturas y Toynbee civilizaciones) tienen todas las características de los seres vivos y, como ellos, nacen, crecen, progresan, declinan y se mueren.

Para que este paralelo entre historia y biología sea legítimo es necesario que la historia obedezca a leyes cualitativas y cuantitativas tales que su curso sea previsible. Popper, aplicando su rigurosa teoría del conocimiento y su aversión por la inducción, denuncia a estas teorías como simples supersticiones y les asigna gran responsabilidad en la confusión doctrinaria que prevaleció en la primera mitad de nuestro siglo.

Nos corresponde ahora referirnos al tercer libro de los que mencionamos al principio: a la obra más conocida y más influyente de este autor, *La sociedad abierta y sus enemigos*. Este libro, escrito en nueva Zelanda durante los cinco años que dura la segunda guerra mundial, mientras el mundo entero se desangra, intenta rastrear a lo largo de la historia a los culpables intelectuales de esta hecatombe.

Una de las razones que me llevó a estudiar esta obra de Popper fue la de cotejar su nómina de culpables con la que yo mismo había propuesto en 1996, sin conocer la opinión del filósofo vienés. Yo había elegido como adversarios de la cultura occidental tres nombres, todos del segundo milenio, cuales eran Maquiavelo, Rousseau y Marx. A Popper le fue posible ahondar mucho más en el pasado, ya que, como buen europeo, tenía una inmensa cultura clásica con el acento en lo grecorromano. Por otra parte, formado en el Círculo de Viena, desconocía y menospreciaba a la Edad Media. Esta fortaleza y esta debilidad lo llevaron a formar su conocida tríada: Platón, Hegel y Marx. En ambas series Marx ocupa el lugar más reciente, aunque, a mi juicio, no es el más determinante.

De su extensa obra Popper dedica un tomo a Platón y el segundo lo asigna a Hegel y Marx. Para comprender la importancia que da este autor a

la figura de Platón como un pensador opuesto a la sociedad abierta es necesario observar la forma incondicional en que Popper se sumerge en el torrente de la cultura británica, a partir de su aventura neozelandesa. Aparte de evidentes afinidades intelectuales con dicha cultura, hay en este hombre perseguido y exiliado un natural y loable sentimiento de gratitud para quienes lo acogieron espiritual y materialmente. Análoga situación se produce cuando Friedrich Hayek, huyendo de la persecución nazi, es recibido generosamente por Londres, en su Escuela de Economía. En ambos casos, la cultura anglosajona ganó a dos figuras sobresalientes del saber contemporáneo.

Pero antes de analizar lo que afirma este autor sobre Platón y su relación con la sociedad abierta, debemos intentar explicarnos lo que entiende Popper por este último concepto. Desde luego, no es posible pedirle una definición, cuando ya hemos oído su lapidaria opinión sobre las definiciones. Sin embargo, a lo largo de su alegato, su concepto de sociedad abierta comienza a tomar vida, como sucede cuando un buen novelista procede a revelarnos la esencia de sus personajes. La sociedad abierta nace como oposición a la sociedad primitiva o sociedad tribal, la cual, según Popper, es un organismo cuyos miembros están relacionados entre sí por lazos biológicos tales como vivir juntos, bajo la tutoría de un monarca, compartiendo esfuerzos, peligros, alegrías y tristezas.

En oposición a ellas, la sociedad abierta está constituida por individuos que se ven confrontados a decisiones personales. Vemos que la sociedad abierta es en realidad un paradigma: no se da estrictamente en ningún lugar ni en ninguna época. Es necesario hacer notar que el autor habla de sociedad abierta y no de sociedad libre, como a veces se ha traducido erróneamente. En efecto, el protagonista que Popper describe se ve confrontado a tomar decisiones y no las toma con absoluta libertad.

Platón vive la transición que va del luminoso siglo de Pericles al infausto siglo que comienza con la muerte de Sócrates, que sume a Grecia en la decadencia más grande de su historia. A estos desgraciados acontecimientos les aplica su concepción cíclica de la historia y su esquema es el siguiente: primero, el Estado ideal, que Platón relaciona con la antigua Esparta; segundo, la timocracia, el gobierno de los nobles que buscan honor y fama; tercero, la oligarquía, el gobierno de las familias adineradas; cuarto, la democracia, para Platón el gobierno libertario que desemboca en la anarquía; quinto y final, la tiranía, última dolencia de la ciudad. Como bien apunta Popper, en ese esquema toda la historia es una enfermedad: la sociedad es el paciente y el gobernante está obligado a ser el médico, que ayude a bien morir. Esta visión tan pesimista deja en claro el historicista

que hay en Platón y lo define, además, como un precursor de la doctrina conservadora. Popper, a su vez, al contrastar esta visión con el paradigma de la sociedad abierta, no sujeta a este ciclo pernicioso, apunta su proyecto hacia la doctrina liberal.

Mientras nuestro autor analiza las ideas de Platón, que tanta influencia tuvieron en Occidente, su tarea nos parece lúcida y ecuánime. No sucede lo mismo cuando se refiere al personaje Platón y lo acusa, trasladando conceptos actuales al siglo IV antes de Cristo, de ser enemigo de la democracia y de servir a tiranos. El concepto de democracia, en Platón, que ya hemos expuesto, no tiene relación alguna con el producto anglosajón que hoy llamamos democracia. Por otra parte, en el siglo en que vivió Platón sólo había tiranos a los cuales servir. Nos parece que en esto, guiado por su pasión liberal, Popper es injusto.

A continuación, le corresponde el papel de enemigo de la sociedad abierta al filósofo alemán Jorge Guillermo Federico Hegel. Este inmenso salto que va desde Platón hasta Hegel, que se mide en veintitrés siglos, nos parece la más grave debilidad de este libro. Uno se pregunta si en este período tan prolongado no hay, al menos, un discípulo de Platón o un precursor de Hegel que merezcan también figurar en esta galería de enemigos. Este curioso olvido sólo se explica por la fobia hacia la Edad Media que desató la Ilustración y que ha durado ya varios siglos, de la cual sin duda el filósofo austriaco ha sido una víctima. Pero no permitamos que esta reserva nos impida enfrentar a Hegel.

A este filósofo dedica apenas unas pocas páginas, la mitad de las cuales se refieren al estilo críptico, delirante y contradictorio que se presenta en casi toda la obra de Hegel. La definición de “sonido” que nos transcribe Popper es sólo comparable a la definición de “electricidad” que se menciona en mi libro sobre la cultura occidental. En ambas definiciones el filósofo alemán parece burlarse de sus lectores, a tal grado llega la esquizofrenia de su discurso.

Más adelante Popper deja el tema formal en la literatura de Hegel y nos conduce a la demostración de cómo, a partir de la dialéctica, establece la doctrina del absolutismo prusiano, con todo lo que había en él de racismo, belicismo y xenofobia.

La mayor influencia de Hegel sobre la filosofía política moderna es la que se hace presente en la obra de Marx a través del método dialéctico que este último aplica con un ingenioso artilugio que él llama “inversión copernicana”. Según este proceso lógico, la afirmación hegeliana de que el Espíritu determina la Materia puede transformarse en la afirmación de que la Materia determina el Espíritu, y de aquí nace su materialismo histórico.



Hemos traducido a expresiones sencillas y cotidianas este razonamiento, extremando el método de Popper que trata de acercar al “conocimiento del hombre común” una figura tan alambicada y obsoleta.

Popper realiza una admirable síntesis cuando reúne todo el pensamiento de Hegel y de Marx y sus seguidores en un solo concepto: el de la Filosofía Oracular, la cual conduce, al aplicarla a la realidad, a un nuevo tribalismo. Bajo esta óptica analiza tres aspectos del marxismo: el método, la profecía y la moral. Concluye así que esta doctrina es un historicismo económico, no menos dañino que el biológico, que le antecede y que comparte con éste la jactancia de creer que puede predecir los hechos de la historia.

Popper y sus epígonos, muchos de ellos bastante rebeldes, como Kuhn, Lakatos y Feyerabend, entre otros, han contribuido a levantar el andamiaje filosófico del liberalismo moderno. La obra de este maestro, producto de una larga vida de esfuerzo intelectual, es titánica, tanto por la variedad de las disciplinas que aborda como por su profunda influencia en la vida política contemporánea.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Collados, Modesto. *Popper y Hayek en su tinta*. Santiago: Editorial Gestión, 1996.

Juan Pablo II. Encíclica *Fides et ratio*. Santiago: Ediciones Paulinas, 1998.

Popper, Karl. *The logic of scientific discovery*. Nueva York: Basic Books, 1961.

———. *The poverty of historicism*. Londres: Routledge, 1961.

———. *The open society and its enemies*. Princeton. U. Press, 1971.

———. *Objective knowledge*. Clarendon Press-Oxford, 1992.

———. *In search of a better world*. Londres: Routledge, 1992. □